

Complejidad territorial: Una invitación al realismo

Julio Carrizosa Umaña

En esta ponencia presento unas reflexiones acerca de complejidad de la geografía y la historia de Colombia, para esto analizo algunos de los cambios ocurridos en nuestro país, especialmente los ocurridos en los últimos 70 años y las interrelaciones de estos cambios con las características físicas, químicas y biológicas del conjunto de ecosistemas de nuestro territorio y con las formas que ha adoptado nuestra sociedad. Mi intención es mostrar como el pensamiento ambiental complejo puede ayudar a comprender el pasado y a planificar el futuro.

El azar geológico y climático gestó en la esquina noroeste de América del Sur un conjunto extraño, unido en la historia por necesidades, intereses, caprichos y pasiones, hoy llamado Colombia. Como si hubieran emergido siete planetas provenientes de lugares diferentes del cosmos su territorio reúne un mosaico complejo que proporciona la biodiversidad mayor por área del planeta y una variedad extraordinaria de paisajes. Colombia ha sido llamada *“tierra de leones”*, *“Nuestro lindo país colombiano”*, *“la democracia mas perfecta de America Latina”*, *“país de ciudades”*, *“un país a pesar de si misma”*, *“un país enorme”*, *“un país de excepcional riqueza natural y cultural”*. Hace años se decía que su capital era la *“Atenas Suramericana”*.

Sin embargo dos años después del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1947, Colombia inicio su propia guerra y no ha logrado terminarla. Durante la llamada Era del Optimismo, en los años dorados del mercado transcurridos entre 1978-2008, cuando China abandonó el marxismo y en el resto el mundo se multiplicaron los millonarios, esa guerra colombiana se intensifico y produjo cuatro millones de desplazados, aproximadamente 200.000 muertos y más de 30.000 desaparecidos. Hoy Colombia apenas cuenta con 34.000 personas que se atreven a declarar que poseen más de medio millón de dólares y el 50% de su población sobrevive con ingresos mensuales de menos de 500 dólares.

En los últimos diez años he escrito cuatro libros que tienen que ver con el problema del uso del territorio. Quería comprender porque un país como Colombia no podía lograr el bienestar que tenían países menos ricos y con gentes menos preparadas. Era una preocupación antigua; en mi niñez me convencieron que Colombia era un país privilegiado por sus riquezas naturales y que era la democracia más perfecta de Latinoamérica. Me hicieron estar orgulloso de los logros de sus primeros ciento treinta años, de tener elecciones y congreso, de ser el productor del mejor café, de poseer esmeraldas y grandes yacimientos de carbón, de bellezas naturales como el Salto del Tequendama, de la María y la Voragine, de Silva y de Carrasquilla, de la Atenas Suramericana y de empresas como Coltejer, Fabricato, Avianca y Bavaria y de periodicos como El Tiempo y el Espectador. Cuando tenía diez años me daban lastima la corrupción de Mexico, el maltrato a los negros en Estados Unidos y la violencia en la guerra mundial. En los últimos sesenta y cinco años casi todo lo que me enorgullecía ha desaparecido.

Estos libros apuntan a reunir información para comprender lo que ha sucedido y de su lectura se saca una conclusión principal: nos ha faltado ser realistas, hemos imaginado un país diferente, no nos hemos dado cuenta de su complejidad y hemos tratado de aplicar soluciones simplistas, de aplicar dogmas, de imitar lo que han hecho otros países.

Es necesario reconocer que esas simplezas y dogmas han “funcionado” en algunos países y la pregunta continúa sin contestar. ¿Que sucedió en Colombia desde 1947 para que la democracia más perfecta de America Latina se convirtiera en ejemplo de país violento y corrupto?

Creo que la tendencia hacia la globalización ha debilitado la conciencia de lo local y que los modelos actuales de crecimiento económico no le han dado suficiente importancia a la influencia de las estructuras biofísicas y culturales locales y regionales en las formas y resultados de los procesos tendientes a aumentar el Producto Nacional Bruto. Pienso que estas características, biofísicas, culturales y sociales locales y regionales pueden dar lugar a muy diferentes formas de bienestar socioeconómico y que esas formas pueden ser sostenibles si aceptamos y comprendemos su complejidad y actuamos en consecuencia.

Esta invitación al realismo debe empezar por una definición de lo que yo entiendo por sostenibilidad, por territorio y por complejidad. Por sostenibilidad entiendo una característica de la realidad que permite que estructuras y/o procesos específicos se prolonguen en el tiempo. Lo que se sostiene, se desea sostener, se puede sostener o se debe sostener puede ser una estructura, como un bosque, un lago, una cultura; o un proceso, como la regeneración natural, el aumento de una población, el aumento de la calidad de vida, el aumento del ingreso per cápita, la disminución de los homicidios. Por territorio entiendo un sistema complejo que ha sido construido y delimitado por los seres humanos. Conceptos como suelo, ecosistema, geoecosistema, región, sociedad, personas, instituciones, culturas, economías etc representan conjuntos de ese sistema complejo. La complejidad para mi es una característica fundamental de la realidad del planeta tierra y varía en cada territorio porque depende de sus características físicas, químicas y biológicas, de la población humana que lo habita y de sus agrupaciones sociales, economías y culturas. Una alta complejidad implica muchas variables y muchas interrelaciones entre ellas, por lo anterior poca predictibilidad y gran capacidad de cambio. Un ejemplo de alta complejidad es el cerebro de un adolescente. Un sistema aumenta su complejidad según intervienen más personas en sus decisiones; entonces es casi impredecible su comportamiento.

Ser realista significa, también, reconocer que existen los contextos; que lo global influye en lo nacional y que lo nacional influye en lo regional y en lo local. Por eso es necesario hablar del contexto nacional, de lo que pudiéramos llamar el macrosistema complejo constituido por todo el país. Para mi Colombia en lo físico, lo biológico y lo cultural es uno de los territorios más complejos del planeta pero en lo social y lo económico está entre los más simples. Ese enfrentamiento entre una alta complejidad biofísica y una simplicidad social y

económica tiene consecuencias que, creo yo, influyen en lo regional y en lo local. Las principales son tres: es muy difícil ejercer la autoridad política y legal en todo el territorio, no es fácil acumular tanto capital como el que se acumula en otros países, por lo menos en formas legales y es fácil asentarse y sobrevivir casi en cualquier parte del territorio. A Colombia no es fácil controlarla, ni en ella se puede hacer, legalmente, mucha plata pero es un buen vivero.

Bajo estas interpretaciones ¿que se puede hacer en lo regional y en lo local?. Pienso que lo primero es tener una idea sobre el grado de complejidad de cada territorio y que para eso hay que considerar por lo menos tres conjuntos: lo personal, lo económico, sociocultural y lo geoecológico; las personas, la economía, la sociedad, la cultura y el geosistema. En el libro titulado Desequilibrios territoriales y sostenibilidad local, editado en el 2006 por la Universidad Nacional exploró las diferencias de sostenibilidad de la población entre 750 municipios colombianos y para eso utilizó el concepto de sostenibilidad territorial potencial, la capacidad de cada municipio para sostener el aumento de la densidad de población y para eso proponemos una metodología general y ensayamos dos indicadores construidos usando las estadísticas disponibles en el DANE y en algunas bases de datos disponibles entonces.

Una de las conclusiones es que es necesario considerar a las personas aisladas de lo social y de lo cultural porque es en su interior, en su forma coyuntural de ver las cosas en donde se realiza, en la realidad, esa primera evaluación de la complejidad de un sitio. Me refiero, en lo concreto, a personas como las que hoy me escuchan, personas responsables de la gestión del suelo o investigadoras de la gestión del suelo o educadores en universidades y colegios y también a las personas que toman la decisión de quedarse a vivir en un sitio específico o que deciden irse a otra parte. En esas decisiones lo ambiental, lo que lo rodea a cada persona, la forma como lo interpretan tiene un papel fundamental. En un libro titulado ¿Qué es el ambientalismo, la Visión Ambiental Compleja?, editado en el 2002 también por la Universidad Nacional doy detalles sobre como es de importante la forma de ver, las perspectivas y los enfoques de cada persona, el modelo mental de cada cual generado por la intervención de lo social, lo cultural y lo económico pero, al fin y al cabo modelado por sus propias características biológicas.

En esa consideración de las personas, de sus modelos mentales y de los enfoques de sus miradas deberían ser capaces de profundizar en un tema que considero prioritario cuando se trata de la gestión del suelo; me refiero a los intereses y a las pasiones y a la forma como uno y otro se desarrollan mediante la educación. En el libro titulada La Universidad colombiana y las políticas para el desarrollo sostenible editado por la Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales el año pasado desarrollo algunos de los argumentos que pueden utilizarse para analizar como los sistemas de educación formal e informal influyen, por sus métodos y por su contenido, en las decisiones de cada cual relacionadas con la sostenibilidad. Pasiones e intereses son acentuados por los modelos mentales construidos, en parte, por los procesos educativos. En los procesos de planificación generalmente se asume que el comportamiento de las personas se ciñe al racionalismo económico; se necesita un enfoque más

amplio para explicar porque la población colombiana se encuentra tan dispersa en todo el territorio. Las motivaciones estéticas y éticas tiene mucho que ver con esto, junto, claro está con las económicas.

Y es aquí en donde entra la necesidad de considerar lo social y lo cultural al mismo tiempo que lo económico y como un colectivismo que se alimenta de lo individual pero que tiene manifestaciones y consecuencias diferentes. En mi libro sobre Colombia sostengo que esas agrupaciones en Colombia no tienen la suficiente complejidad para enfrentarse a la alta complejidad de la geografía física, del medio ambiente físico-biótico y que de ahí surgen varios de nuestros problemas crónicos. Esa simplicidad de lo social surge, creo yo, de la estrechez de las elites nacionales, de la falta de cerebros suficientes para diseñar las soluciones complejas que necesitamos, del centralismo, de los obstáculos en el ascenso social. De la segregación, de la estratificación, de la exclusión, del racismo etc. Unas pocas personas no pueden resolver los problemas de alta complejidad. En nuestros estudios de campo de algunos de los 750 municipios de la muestra inicial encontramos algo semejante; en los municipios en donde otros indicadores señalaban un crecimiento sostenido de la densidad de población existían también amplias estructuras culturales que distribuían mejor el poder que en otros, estructuras conformadas no siempre por razones económicas sino por tradiciones, por comunidades de afectos, por coincidencia de identidades etc.

Territorio, estructuras culturales y migraciones

La población, su situación geográfica, su densidad, sus imaginarios y su posición socioeconómica son variables que es necesario estudiar cuando se analizan los cambios ocurridos en Colombia a partir de 1947. El estallido de la protesta social al conocer el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948 no correspondía con la visión de Colombia como la democracia más perfecta de América Latina ni con la imagen de Bogotá como la Atenas Suramericana. En pocos meses el “Lindo País Colombiano” promocionado por Daniel Samper Ortega, uno de los principales educadores y líderes cívicos de esa época, se convirtió el país más violento del continente. El mismo Gaitán proporcionaba en sus discursos una explicación de lo que estaba sucediendo al hablar de la concentración del poder en unas pocas familias “oligarcas”; es cierto que esa concentración facilitaba la persistencia de la ilusión de vivir en un país próspero, culto y pacífico. Pero también es cierto que esa primera violencia que se prolongó por lo menos hasta 1957 se daba más entre campesinos pobres de diferentes partidos políticos que entre los miembros de la oligarquía, los cuales casi siempre encontraron las formas de convivir sin ir más allá de la discusión retórica. Algunos historiadores marxistas insisten en que debajo de esa retórica funcionaban los enfrentamientos de clase y de posición social y que las ganancias de los triunfadores se convertían en tierras ocupadas y en posiciones de poder arrebatadas a los de mayores debilidades económicas. Pero ¿Cómo explicar los enfrentamientos armados de pobres liberales con pobres conservadores que arrasaban con pueblos enteros de una misma región? ¿Cómo comprender la crueldad y la sevicia que emergió en policías y soldados rasos contra sus opositores filosóficos que eran también hermanos de clase?

Sin duda, como lo admiten ahora historiadores de mente más amplia, el pueblo colombiano había alcanzado en 1947 un alto grado de politización y eso podemos también achacarlo a la fuerza de los dogmas desarrollados en Europa. Ideólogos e ideologías tuvieron durante los primeros años del siglo XX una amplia aceptación y libertad en los medios de comunicación y en las instituciones educativas. Liberalismo y conservatismo eran más que idearios, ropajes con los cuales se protegían las gentes del común, alimento de sus disputas cotidianas, alegrías de sus euforias y argumentos para construir sus dignidades. Es posible que la amplia información que tuvieron las acciones de ambos bandos de la Segunda guerra Mundial hubiera también ayudado a hacer más intensa la pasión política y a revivir el entusiasmo guerrero. No fue solo la promoción de los guerrilleros como opción de lucha y de la Unión Soviética como estado vencedor sino también la inicial difusión de las ideas fascistas y el triunfo del orden franquista los factores emocionales que pudieron influir en algunos líderes curtidos ideológicamente y en grupos de jóvenes entusiastas, ávidos de aventura y de gloria.

Pero además de todos estos factores subjetivos es indudable que existieron también cambios reales que influyeron en la población colombiana a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, el principal, probablemente, los desarrollos y popularizaciones del conocimiento médico, especialmente la introducción masiva de los antibióticos y de las normas sanitarias y preventivas que disminuyeron la mortalidad por enfermedades infecciosas, la presencia de la malaria y de la fiebre amarilla y la mortalidad infantil. La masificación de la construcción de acueductos y alcantarillados en Bogotá y en las capitales de los Departamentos, el aumento y mejora de la prestación de servicios públicos de salud y de las posibilidades de educación primaria así como la intensificación de la construcción de vivienda popular se sumaron a lo anterior para fomentar la migración del campo a la ciudad y un aumento más rápido de la población en los centros urbanos. El principio de la guerra había también ocasionado una migración pequeña pero de gran importancia socioeconómica, la de los grupos judíos que llegaron huyendo del nazismo, provenientes, en su mayoría, de Europa Oriental. Los inmigrantes del Medio Oriente, también pocos pero importantes, habían llegado unos treinta años antes, parece animados por la situación de paz política y bonanza económica originadas en la llegada del republicanismo colombiano al poder y el pago de la reparación por el caso de Panamá.

Muchas de las migraciones internas fueron fustigadas por el inicio de la violencia partidista en 1947 incitada por las razones ideológicas y económicas que mencionamos atrás y así fue como se gestaron situaciones territoriales en las cuales los diferentes factores se fortalecieron unos a otros creando procesos en los cuales las gentes que vivían en el campo tuvieron que decidir entre quedarse y defender sus propiedades de sus enemigos políticos o convertirse en nuevos ciudadanos. Las ciudades capitales vieron así la llegada de corrientes muy grandes de refugiados económicos y políticos y el campo quedó en buena parte en manos de los más violentos o más poderosos

La magnitud de estas migraciones, las formas como se efectuaron y su composición social, económica y racial han sido factores importantes de los procesos que modificaron las tendencias en Colombia a partir de 1947. La magnitud puede apreciarse confrontando las cifras de cambio de población de las ciudades capitales entre la década de 1930 y la de 1950; en Bogotá los aproximadamente 300.000 habitantes de los años treinta se triplicaron en un poco más de veinte años, cambios semejantes pueden advertirse en la mayoría de las ciudades colombianas. Las formas como lograron realizarse estas migraciones fueron muy variadas y dependieron, en parte, de la situación socioeconómica de los migrantes. El aumento de los ingresos de los cafeteros financió algunos de los primeros barrios llamados residenciales en la capital de la República pero fue el triunfo del partido liberal en 1930 lo que impulsó a varias familias poderosas de provincia a instalarse cerca del poder político en las mejores casas de los barrios mejor construidos, generando así nuevas formas de desigualdad física que fueron aprovechadas en los discursos gaitanistas. Cuando se inició la violencia ya los caciques liberales y conservadores estaban afincados en las ciudades principales y pudieron ayudar a sus amigos políticos a instalarse en las mejores condiciones posibles, creando lazos muy fuertes de gratitud y fidelidad y construyendo una cultura de amiguismo fundamentada en la posibilidad de acceso al erario público por medio de contratos o de nombramientos en la nómina estatal.

La ausencia de distinciones “raciales” o de color de la piel en los censos colombianos impiden saber cuantos de estos migrantes eran blancos, indios, negros, mulatos, mestizos, judíos, libaneses o árabes pero nos podemos apoyar en el carácter racista de la conquista y en sus consecuencias socioeconómicas para proponer, como hipótesis, que en la década de 1930 en el campo colombiano eran más escasos los blancos que otros colores de piel y que en las ciudades, con involuntarias o necesarias excepciones, las clases dirigentes eran más blancas que de otros colores, por lo cual las grandes migraciones de los cuarenta y los cincuenta es muy posible que hayan también significado modificaciones en la composición “racial” del ambiente urbano con las consecuentes tensiones, angustias y rechazos en las élites blancas o cuasi blancas y el aumento de ilusiones, ambiciones y, también, frustraciones en los otros grupos.

Esas primeras grandes migraciones en las décadas de 1940 y 1950 continuaron con diferentes intensidades pero semejantes características en los años siguientes. Las principales creo que han sido las ocasionadas por los dineros del narcotráfico y por la violencia social iniciada por guerrillas y paramilitares en la década de 1980 y financiada por estos mismos dineros. Como verán más adelante, pienso que las tendencias culturales generadas por estas y las anteriores migraciones explican buena parte de las características de la situación actual. Pero lo no explican todo.

Al fin y al cabo casi todos los habitantes del planeta, con excepción de algunos pueblos africanos, descendemos de migrantes. En América todos descendemos de migrantes, unos voluntarios, otros obligados, unos de a pie, otros en barco, o en avión; amarillos, blancos, negros y cobrizos. Lo que introduce cambios es el sitio donde se asientan, la geografía que les parece

adecuada para quedarse; los Tayrona con relativa rapidez la encontraron en la Sierra Nevada de Santa Marta y los Sinues en la Mojana. Los Muisca treparon la cordillera hasta encontrar un clima que les gustara pero hubo muchos pueblos que atravesaron caminando lo que hoy es Colombia para conformar imperios en otros sitios o encontrar el fin del continente.

Los que se quedaron aquí vieron aislados, hablando casi cien lenguas diferentes; más de 80 de esas lenguas aún existen, lo cual debería darnos una idea de la terquedad y vitalidad de esos pueblos; una mayoría de los colombianos tenemos su sangre unida a otras sangres. ¿Hasta que punto esa terquedad y esa vitalidad es gestada o apoyada por la geografía? ¿Por el ambiente humano que construyeron en esas geologías y en esos climas?. ¿Cómo se conforman las ilimitadas ilusiones, la rebeldía y la desbordante fecundidad de ellos y de los blancos y negros que vinieron después?

Fertilidad y diversidad

Las características biofísicas del territorio hace decenas de miles de años facilitaron el asentamiento de numerosos grupos de caminantes y navegantes provenientes del Asia y la Oceanía. No tenemos información suficiente para establecer los detalles de sus vicisitudes pero es posible plantear tres hipótesis que caracterizan estos procesos de poblamiento.

En primer lugar es posible sostener que el clima tropical húmedo, la ausencia de estaciones y las temperaturas medias variables con la altura sobre el nivel del mar, unido a las cenizas volcánicas presentes en las tres cordilleras hubieran sido factores principales de la enorme biodiversidad que todavía hoy nos sorprende y que esa gran diversidad de fauna y flora, unida a la repartición muy difusa de lluvias y corrientes de agua ocasionada por la diversidad de vientos, relieve, vegetación y suelos hubieran promovido y facilitado el asentamiento de grupos relativamente pequeños de cazadores que aprovecharon la abundancia de frutas, raíces, mamíferos, peces y aves para convertirse en recolectores y, con el tiempo a iniciar la cría de pequeños mamíferos y el cultivo de algunas plantas. La existencia de las altiplanicies y de los yacimientos de sal en la cordillera oriental, la presencia de los dos grandes ríos con sus valles interandinos y de numerosas mesetas y valles andinos favoreció a los grupos que pudieron unirse para asegurar el control de los territorios más planos pero la mayoría permaneció relativamente aislados.

Una segunda hipótesis se dirige a caracterizar los grupos humanos que se asentaron inicialmente en lo que hoy llamamos Colombia. Pocas cosas sabemos acerca de ellos: la mayoría, probablemente, eran descendientes de caminantes llegados desde el Asia, es posible que algunos desembarcaran en las costas del Pacífico después de largos viajes desde las islas oceánicas en embarcaciones primitivas. Son todos, naturalmente, sobrevivientes dotados de condiciones físicas y de destrezas individuales y sociales excepcionales: vigorosos, fértiles, astutos, tercos, conocedores de sus límites pero ambiciosos y entusiastas. Nos podemos imaginar que los más sensibles no pudieron evitar

las tentaciones del clima y el mar caribeño y que los más vigorosos lograron ascender los Andes, pasar los páramos y asentarse en las altiplanicies frías en donde encontraron los últimos rebaños de mastodontes. También podríamos pensar que los más entusiastas y los más fuertes pasaron de largo para asentarse en el Perú y en la Patagonia o, tal vez, lo que sucedió fue que solo lograron quedarse los más guerreros, los capaces de defender y controlar ese territorio pleno de alimentos y aguas.

La hipótesis final trata de explicar porque esa simbiosis complejísima de fertilidades, diversidades y fortalezas de plantas, animales y humanos no culminó en un imperio semejante al inca o al azteca. ¿Por que lo que encontraron los europeos fue un caos de decenas de grupos cada cual con su propio nombre y lengua, muchos comerciando entre ellos, otros guerreando?. Se ha escrito que fue la complejidad del relieve lo que impidió la formación de un solo estado; ya se mencionó como un cronista español insinuó que el agua, los animales, las frutas y las raíces eran tan abundantes y estaban también repartidos en el territorio que era imposible controlar militarmente a toda la población, cosa que si había sido posible en Nueva España y en el Perú. Pienso que, además del relieve y de la abundancia de alimentos y aguas pudo existir antes de la llegada de los europeos un equilibrio militar; todos los cien y más grupos asentados eran guerreros fuertes, astutos y tercios que habían peleado entre si durante siglos y que ya sabían cual era el territorio que podían controlar. Ninguno había sido capaz de formar imperio porque eran demasiado iguales entre si. La llegada de los europeos y la abundancia de oro modificaron la situación.

Oro y pobreza

El oro era relativamente abundante y bien distribuido en Colombia gracias a las características de su geología: su cordillera central y partes de la occidental están compuestas por macizos volcánicos recientes, la cordillera oriental se inicia y termina con macizos ígneo –metamórficos antiguos y en su parte central fue plegada por intensas dinámicas tectónicas. No sabemos cuando se inició la extracción de oro, ni cuales fueron las técnicas que usaron los primeros mineros precolombinos; las gentes que percibieron el brillo en las corrientes y en las excavaciones e inventaron métodos para amalgamar las minúsculas pepitas. Cuando llegaron los europeos ya el oro era fundamental en los cacicazgos que encontraron y su mercadeo constituía lazo de unión en lo que es hoy Colombia pero sus usos no eran los mismos comunes en Europa; a nadie se le había ocurrido hacer lingotes o acuñar monedas con un mineral tan bello. Al contrario el oro se laminaba para adornar las viviendas, para que vibrara al paso del viento y alegrara la vista de los visitantes, de oro eran las reproducciones de animales y plantas con que se divertían y educaban los niños. También, y en eso si coincidían los usos americanos y europeos, el oro vestía a las bellas y a los poderosos pero ningún guerrero español se habría atrevido a ir a la batalla con un casco de oro como era común en la costa del Caribe.

Extraer y trabajar el oro era común en casi todos los cien y más grupos indígenas que hallaron los españoles. Es posible que los procesos de venta y compra de oro estuvieran entonces iniciando la formación de naciones más extensas y era intensa la competencia de formas y calidades. Cada uno de los principales cacicazgos ostentaba un estilo y unas técnicas, cuasi barrocas las sinúes y tayronas, profundamente abstractas las muiscas, realistas las quimbaya. Todos productos refinados del trabajo de decenas de miles de orfebres; todavía, después de siglos de intensas búsquedas, es posible encontrar figurillas de oro cuando se ara un terreno nuevo o entrelazadas en las raíces de un árbol derribado.

Muy poco escribieron los españoles acerca de esos miles de orfebres que encontraron a su paso por lo que es hoy Colombia, probablemente torturaron a algunos de ellos para que entregaran sus talleres, otros desaparecieron, los descendientes de unos pocos ayudaron a diseñar y fundir custodias, adornaron imágenes de santos, pintaron de amarillo metálico arcos y altares. Los conquistadores fundieron cientos de cientos de miles de obras de arte para enviar lingotes al emperador; para ellos sus caprichosas formas eran muestras diabólicas o, por lo menos, una molestia. No es difícil imaginar la ira de los que vieron desaparecer en el fuego sus mejores creaciones, la humillación de los obligados a labrar angelillos, la pobreza interna sentida en las más de cien culturas despojadas de sus dioses, adornos, y recuerdos.

Esa pobreza sentimental, estética, subjetiva, de los pueblos subyugados pronto se convirtió en pobreza material: polvo, pepas y figurillas de oro eran parte importante del comercio entre cacicazgos; la sal, las esmeraldas y los tuberculos de las altiplanicies dejaron de bajar a las tierras calientes, las mantas coloreadas de algodón, el maíz tierno y el pescado en salmuera escasearon en todo el territorio. Buena parte de lo que hoy llamamos capital natural, el que es irremplazable, partió para Europa, el emperador lo necesitaba para pagar sus deudas políticas. Muiscas, Sinues, Tayronas, Quimbayas y cien pueblos más se amalgamaron en una sola cultura vencida, empobrecida en sus imaginaciones y en sus dignidades y obligado a trabajar para otros. Fueron, en cierta forma, afortunados los cientos de miles que murieron de viruelas en los meses siguientes.

Racismo, estética y poder

Los españoles que llegaron conocían las diferencias de color de la piel, los pueblos indígenas es muy probable que nunca hubieran visto un ser humano blanco. Para algunos de ellos, como el Cacique Nutibara, ver estos seres barbudos, desdentados malolientes y vestidos de harapos y metales fue razón suficiente para suicidarse. En cambio para el cronista Cieza de León “ *sus mujeres son de las más hermosas y amorosas que yo he visto. son en el comer limpios y no acostumban las fealdades de otros pueblos.*”

Semejantes reacciones estéticas agregaron, a la violencia de los enfrentamientos, situaciones lúdicas que aceleraron el mestizaje intenso que nos caracteriza. Muchos de los recién llegados eran también mestizos de

iberos, celtas, árabes, eslavos, romanos, visigodos y judíos; algunos eran mulatos, todos llegaron sin mujeres después de largos viajes por mar y tierra. La estética en que se habían criado era la de la religión y la guerra; catedrales, imágenes sagradas, procesiones, estandartes, uniformes, armadoras, banderas pero era también la estética del erotismo oculto y violento; de amores prohibidos, de ilusiones caballerescas: ropajes que tapan y se abren, poemas y cánticos que enamoran y engañan.

Los relatos europeos coinciden en señalar que en un principio los encuentros eran pacíficos y placenteros, intercambios de miradas, alimentos y cortesías improvisadas. Luego, pasada la primera impresión, es posible asegurar que muy pocos indígenas se suicidaron, que varios tuvieron que luchar para proteger a sus mujeres y que esas luchas fueron desiguales. Muchos de los integrantes de los grupos que enviaban los monarcas a la conquista eran soldados experimentados en las guerras europeas. Se dice que algunos de los que acompañaron a Carlos V en el saqueo de Roma pasaron luego a las Indias; seguramente todos sabían que las mujeres eran parte del botín.

El conjunto de odios, prejuicios y debilidades que llamamos racismo emergió en nuestro territorio cuando desembarcaron los primeros negros esclavizados y nacieron los hijos de indias y europeos, al iniciarse el siglo XVI. Al encontrarse indios, europeos y africanos en el calor de las playas y bosques tropicales la confrontación estética alcanzó su climax. Colores de piel y ojos, formas de narices y labios, miembros genitales, largos y grosores, simetrías, armonías y distorsiones corporales se celebraron, y sorprendieron. Probablemente fueron los indios los más estupefactos y de ahí reacciones como las de Nutibara y sus seguidores. Aislados del resto de la humanidad durante las decenas de miles de años que duraron sus caminatas intercontinentales, gestores de sociedades agrupadas en torno a la estética de la naturaleza y del oro, adoradores del sol y la luna, de mares, lagunas y ríos, obsesionados por limpiezas y olores, para ellos era difícil aceptar la existencia de otros humanos tan diferentes; las extravagancias, suciedades y pobreza de vestidos y sombreros, las órdenes, desdenes y falsas cortesías. Durante veinte años los grupos más guerreros y crueles habían logrado evitar que se asentaran en sus tierras esos seres extraños, ahora era el tiempo de la humillación y la melancolía.

Al poco tiempo la viruela y otras enfermedades europeas mataron a la mayoría de los “naturales”; su sistema inmunológico no se había enfrentado jamás a microbiodiversidades semejantes. Entre los que sobrevivieron estaban los que se escondieron en lo alto de las cordilleras y en lo profundo de las selvas y los que mezclaron sus sangres. La reina Isabel I, la católica, permitió la esclavitud de los indios desde 1503 y decenas de miles murieron en las minas de oro y bogando forzados en el Magdalena y el Cauca. El defensor más intenso de los indios, el fraile Bartolomé de las Casas, no encontró más solución que recomendar a la corona la importación masiva de esclavos africanos que reemplazaran con su fortaleza la debilidad indígena.

Con los africanos llegó otra estética desconocida para los “naturales” y despreciada por los europeos; colores y sonidos, visiones y ritmos, historias, recuerdos y sentimientos encontraron en el trópico nuevo el hogar antiguo,

como si se hubiera reconstituido Gondwana. Indios y españoles se aliviaron gracias a la presencia del vigor negro en las minas, en la boga de los ríos, en la construcción de iglesias y murallas y sus fiestas también cambiaron. Lentamente la parsimonia de los bailes cambió su ritmo, las blancas más blancas, las “*blancas de Castilla*”, aprendieron a mover las caderas, los tambores reemplazaron las guitarras.

Negros puros y mulatos encontraron en la costa caribe parte del paisaje nativo; playas calurosas y soleadas, grandes lagunas, pero cuando los dueños de las minas de oro los llevaron encadenados al Chocó allí encontraron la estética de la selva pluvial, la multitud de especies gigantescas, las enredaderas tan gruesas como troncos, la lluvia permanente, los ríos caudalosos. Esas estéticas, esos paisajes, favorecieron la reconfiguración de sus comunidades y generaron músicas y bailes que hoy son características colombianas y alegran al mundo.

La montaña; los valles interandinos, las mesas y mesetas y las altiplanicies constituyeron la estética espacial preferida por blancos y mestizos. Las altiplanicies, ese extraño trópico frío que hacía recordar el otoño europeo fueron las elegidas para conformar el gobierno central. Un conquistador poeta escribió claramente sus razones para asentarse allí: “*Tierra buena, tierra buena, tierra de oro, tierra abastecida, tierra donde se ve gente vestida.*” Los valles y mesetas bajos han generado las subculturas mestizas más poderosas en lo económico. Lentamente, por razones de fertilidad, prudencia y violencia, como se verá más adelante, ese poder se ha transferido de los grupos más blancos a los más cobrizos pero subsisten instrumentos que resguardan a las elites más pequeñas y esos instrumentos se conforman con mezclas complejas de racismo y estética.

La fealdad es hoy en Colombia factor de poder que facilita la aceptación de negros, indios y cobrizos en los salones sociales siempre y cuando sus facciones y esqueletos guarden las simetrías y armonías promovidas en los espectáculos globales. La calificación de feo o fea ya no importa en el mundo de la política y de la economía pero al final del día mantiene las exclusiones en los espacios más importantes, los íntimos. En esos espacios la estética dominante es la que esté a la moda internacional, la que aparezca en las revistas y en sea aceptada en las redes sociales; todavía mantiene las normas europeas y prefiere las formas sajonas pero poco a poco acepta labios protuberantes y colores pardos siempre y cuando estén en los catálogos de la fama, cualquiera que esta sea.

Espacio, hambre, miedo y dignidad

El espacio en que vive cada cual ha sido fundamental para determinar como sobrevivimos los colombianos; en las sociedades indígenas ya aquellos que mandaban ocupaban las estructuras más ornamentadas y las tribus más organizadas lograron ocupar y controlar las regiones más adecuadas a la vida humana. Cuando nos convertimos en colonia los europeos y sus descendientes

ocuparon las regiones más planas y de clima más confortable y los indígenas sobrevivientes tuvieron que construir nuevas viviendas y tratar de sembrar en las laderas de las cordilleras o en medio de las selvas; los africanos esclavizados vivían en los espacios que sus dueños tenían a bien establecer, mínimos y básicos y aquellos negros que se escaparon ocuparon las riberas y los bordes de ciénagas, lagunas y pantanos. Hoy el territorio continental de Colombia mide un poco más de cien millones de hectáreas y hay, por lo menos, 45 millones de habitantes; si se hiciera un reparto justo a cada colombiano le corresponderían un poco más de 2 hectáreas, unas 6 hectáreas por familia. Si se considerara únicamente las partes del territorio que no están cubiertas de selva solo quedarían por repartir unos setenta millones de hectáreas, aproximadamente 1.5 hectáreas por persona pero la realidad es que hay personas que no son propietarias de tierra, hay muchas que son dueñas de dos o tres milésimas de hectárea y hay muy pocos que poseen miles de hectáreas

En el siglo pasado la construcción de las ciudades altero un poco la situación, poco a poco, la gente que migró desde el campo logró hacerse a viviendas tal vez más pequeñas que las rurales pero con servicios públicos y algunas comodidades. En el campo las laderas de las montañas, los bordes de las carreteras y de los cuerpos de agua, las riberas y las selvas continuaron siendo el espacio posible de los escasos recursos económicos.

Hambre, miedo y dignidad han sido los factores principales del proceso que lentamente cambia esta situación. Hambre y miedo los impulsos básicos de los humanos han llevado a las ciudades a comunidades enteras de desposeídos. Divididas y limitadas las parcelas, agotados los suelos, el minifundio apenas da lo indispensable para mantener vivas a algunos miembros de las familias. El miedo que es tradición en muchos, que ha rondado a regiones enteras durante varias generaciones en Colombia se torna en terror cada cierto tiempo; cuando ideas y comercios entran en contradicción con lo aceptado. Pocos padres arriesgan sus hijos a morir por cualquier gesto inconveniente, ninguna madre le teme a correr para salvar a sus hijos. Dignidad, un concepto poco usado pero muy vivo en el fondo de cada uno, es lo último que guía a las personas agobiadas por el hambre y el miedo. Su dignidad es lo último que pierde cada ser humano, la dignidad es lo que le permite estar de pie al hambriento y al miedoso, lo que impulsa el rechazo al salario precario, lo que permite decir no en el último momento.

La dignidad es una mezcla extraña de ética y estética que surge en todos los humanos en ocasiones especiales; como cuando es necesario aceptar el espacio en que se debe vivir, el espacio digno para uno mismo. Los campesinos colombianos descendientes de los indígenas que tuvieron que “irse para el monte” y de los blancos pobres que nunca pudieron “levantar cabeza” concluyeron en el minifundio, tal vez hambrientos y asustados pero con la dignidad de quien se sabe propietario de tierra. Penas y afanes, alegrías y festejos de mujeres y niños encontraban en su pedazo de fanegada refugio y escenario. Algo que no falta en el minifundio es la posibilidad de otear el horizonte, de sentarse al lado de un árbol para contemplar un atardecer, dimensiones estéticas de la dignidad humana difíciles de ejercer en los tugurios

urbanos en donde si se obtiene la sopa diaria y la seguridad del anonimato. En los espacios urbanos, por pequeños que sean, el hambre y el miedo disminuyen pero lo hacen a costa de la pérdida de la dignidad.

Coca, economía, violencia y corrupción

Antes del auge de la cocaína ya había violencia y corrupción en Colombia, el cambio fue de escala y la escala se modificó por razones legales y económicas globales. Colombia ya había tenido experiencias de contactos con los mercados internacionales, hemos mencionado ya varias; después del oro y del mercado de esclavos el país había tratado de ser importante en otros mercados mundiales, el de las quininas, el del caucho, el del tabaco; desde mediados del siglo XIX Colombia ha sido vendedor principal de café. La diferencia con la cocaína es una de legalidad; por primera vez el país se convierte en proveedor de una sustancia ilegal, prohibida en casi todo el mundo. Oro, tabaco, esmeraldas y café, nuestros éxitos principales, estaban también dirigidos a proporcionar placer al resto de la humanidad pero el consumo de todos estos productos estaba permitido. En la década de 1980 nos convertimos en los mayores proveedores ilegales de placer.

La cocaína y sus efectos eran conocidos desde siglos antes, la fama de la Coca-Cola se originó en la utilización de hojas de coca en su elaboración, algunos médicos la utilizaban en sus prácticas, solo a mediados del siglo XX su prohibición fue efectiva en los países principales. Es posible que la fama actual de la cocaína se adquiriera debido su eficiencia en el tratamiento de dos angustias humanas recientes: **la de ser soldado en una guerra injusta y la de ser perdedor en la sociedad de consumo.**

Los soldados de la Segunda Guerra Mundial lucharon convencidos de la justicia de sus acciones, los estadounidenses que pelearon en las selvas tropicales contra los japoneses sufrieron enormemente en ese medio extraño pero triunfaron porque se veían a sí mismos como héroes de la democracia y vengadores de un asalto traicionero. En la guerra de Vietnam el medio geográfico tenía similares obstáculos pero los soldados de Estados Unidos ya no estaban seguros de estar del lado de los buenos cuando tenían que bombardear las ciudades o quemar pueblos. Pelear en los pantanos, trepar por las colinas selváticas bajo los morteros, evitar trampas y minas, ya no despertaba entusiasmo; fatigas, incomodidades, dolores y muertes no encontraban justificaciones fáciles y era necesario apartarse de la realidad en las trincheras, debajo de las carpas, en los hoteles rumbo a casa y luego en casa misma. Marihuana y cocaína suministraron a decenas de miles de soldados las fantasías y ánimos necesarios.

Desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial las economías de Estados Unidos y de los países europeos habían recommenzado su crecimiento gracias a la expansión de la producción de artículos de consumo inmediato; rápidamente la reconstrucción de Japón y Alemania aumentó la demanda y equilibró la disminución de las actividades de producción de armas y municiones. Nuevos

productos, como la televisión, mejoras increíbles en los automóviles privados, permitieron que millones tuvieran empleo, la reanudación de los intercambios comerciales internacionales y el auge del turismo masivo suscitó entusiasmos y confianzas nunca vistas. Durante varios años se pensó que era posible erradicar la pobreza en todo el globo gracias a la conjunción de democracia, ciencia y tecnología y economía en la construcción de una sociedad de consumo. Sin embargo y a pesar de los avances logrados la pobreza continúa en los países más ricos y en el resto del planeta se acentúan las enormes diferencias entre los más ricos y los pobres. Los avances en la s comunicaciones masivas y en la difusión internacional del cine y las series de televisión han fortalecido a la sociedad de consumo, aumentando en los países pobres los deseos de imitar los estilos de vida de los más ricos, proceso que ha generado grandes migraciones de asiáticos, africanos y latinoamericanos a las ciudades europeas y de Estados Unidos

En los Estados Unidos en varias ocasiones teóricos y políticos han diseñado formas para asegurar niveles mínimos de consumo; al iniciarse este siglo el sistema financiero ofreció oportunidades nunca vistas para que todas las familias norteamericanas fueran propietarias de sus viviendas y el resultado fue la crisis económica mundial de 2008. A lo largo de esta expansión de la economía mundial varios millones de personas han logrado concentrar capitales extraordinarios pero son muchos más los que se consideran perdedores y la angustia de serlo o de estar en riesgo de serlo suscita esfuerzos gigantescos. Los análisis de estas crisis han descubierto la influencia del uso de cocaína en el mundo financiero y bursátil como recurso para competir mediante aumentos artificiales de la resistencia física y la agudeza mental. Las angustias generadas por la posibilidad de perder en este mundo de competencia extrema son semejantes a las sentidas entre los que ya saben que han fracasado y que es imposible salir legalmente de su situación. La solución para millones es escaparse en el mundo de las sustancias psicoactivas.

La ilegalidad del uso de estas sustancias y el consecuente aumento de sus precios generó el interés de las organizaciones criminales y alentó el ingreso al narcotráfico de muchas personas que se sintieron capaces de competir en ese mundo. Las características geográficas de Colombia, especialmente su posición cercana al mercado norteamericano favorecieron en un principio el cultivo de marihuana y la comercialización de la cocaína producida en el Perú. Más tarde los narcotraficantes colombianos se dieron cuenta de que el clima caliente, la variedad de los suelos, el intrincado relieve y la extensión del territorio lo hacía favorable para cultivar la mata de coca y para convertirla en cocaína en laboratorios pequeños escondidos bajo la selva. La pobreza persistente, el fracaso de muchos de los que intentaron salir legalmente de la miseria proporcionaron mano de obra suficiente para convertir los primeros intentos en empresas criminales de mayor magnitud que casi todas las actividades económicas del país. La situación de enfrentamiento armado entre el gobierno, los grupos paramilitares de derecha y las guerrillas de extrema izquierda dificultaba la acción de la policía y facilitaba toda clase de alianzas entre los narcotraficantes y los subversivos. Este escenario unido al aumento

de la demanda de cocaína en los países ricos generó un flujo extraordinario de dinero hacia Colombia.

Las personas que se lucraron de estos flujos pertenecían, en su mayoría, a grupos sociales históricamente excluidos de la sociedad colombiana en razón de su escasez de recursos, su color de piel, de las formalidades religiosas de la unión de sus padres, de sus modales, de su educación, de sus amigos o de las localidades donde nacían. Algunos blancos bien educados recibieron y reciben grandes cantidades de **dinero**, especialmente en actividades de legalización de **dineros**, pero fueron los mestizos y mulatos y los blancos excluidos los que por primera vez tuvieron posibilidades de convertirse en millonarios solo con dejar de cumplir la ley. Estos enormes flujos de **dinero** a los tramposos, corruptos y violentos generaron en Colombia una nueva situación política y social en la cual es difícil que los jóvenes acepten la existencia de límites éticos.

Dos escenarios: trauma y felicidad

Finalmente, no puedo cerrar la ponencia sin pensar hacia el futuro y por eso esquematizo dos escenarios, uno, el más probable, pesimista, otro, como lo ha pedido Patricia, el allegro.

¿Un país traumatizado?¹

Colombia al iniciarse la segunda década del siglo XXI es un país que trata de ser optimista pero, como varios lo han dicho, es un país es un país traumatizado por la extrema violencia y la corrupción persistente originadas en el narcotráfico y en el conflicto armado. El tema ha sido estudiado desde varios puntos de vista² pero no parece que tomemos consciencia de lo que significa para nosotros mismos que todos los colombianos que nacieron después de 1947 hayan vivido en un país en guerra y que todos ellos hayan oído quejarse continuamente de la corrupción a sus padres y amigos

Al mismo tiempo, el Plan de Desarrollo 2010-2014 dice que somos un país rico; como muchos visitantes lo dicen , somos un país bello y lleno de gentes buenas y amables y esas gentes, en su mayoría, insisten en las encuestas en que son felices.³ La noción de trauma psíquico generalmente se aplica a personas específicas pero cabe pensar si esta variedad de visiones contradictorias significan que la multitud de tramas personales nos alejan cada

¹ Ver , entre otros Sarmiento Gonzalez, Luis y Martín Cardenal, Elena Violencia y Salud: el trauma psíquico en Revista Colombiana de Psiquiatría Volumen XXIX No. 4 2000 Bogotá; Posada Carbó, Eduardo Memorias sobre el Trauma Nacional en Fundación Ideas para la Paz Marzo 2006; Thoumí, Francisco ¿Porqué Colombia ponen los muertos en la guerra contra las drogas? ¿ Será porque pone los asesinos?. En Razón Pública Diciembre 14 2009

² En febrero de 2011 se encuentran más de 600.000 entradas en Google

³ La universidad Erasmus encontró en el año 2004 que los países más felices eran, en su orden, Colombia Suiza y Holanda. El ISR de la Universidad de Míchigan encontró en 2008 que los tres países más felices eran Dinamarca. Puerto Rico y Colombia. El HPI . Happy Planet Index de la New Economy Foundation publicó en el año 2009 que los tres países más felices eran las Islas Vanuatu, Colombia y Costa Rica

vez más de la realidad y que el pensamiento dominante es el que se apoya en los deseos y las ideas de algunos.

Deseos e ideas, oro y evangelio, están en las raíces de nuestra nacionalidad occidental y en la definición del territorio colombiano; el afán de enriquecerse y la obligación de difundir la fe cristiana condujo a los conquistadores hasta los límites de sus sacrificios personales y de sus posibilidades de mando; el Santo Padre Alejandro VI fijó la línea en donde terminaba los intereses españoles. Desde entonces hemos idealizado a Colombia tratando de construir una nación en un conjunto extraordinariamente complejo de ecosistemas y para ello no hemos contado con más que las simplificaciones ideológicas de nuestros padres europeos.

Pudiéramos decir, entonces, que hay un trauma más hondo y largo, el que las ideologías europeas han conformado en todas las generaciones que han habitado este territorio, trauma que se conforma al tratar de ejecutar en nuestro país las soluciones que ofrecen estos conjuntos de ideas. En la situación actual podemos analizar algunas sus dolorosas características.

Los traumas ideológicos se conforman fácilmente en las personas que han recibido un solo conjunto de ideas en su crianza y en su educación. Sus modelos mentales son así monoideológicos, los lentes y filtros de esos modelos no admiten alternativas, sus vidas se orientan en una sola línea y cuando esa línea fracasa se conforma una situación traumática, un sentimiento de pérdida personal, un terror ante el futuro, una melancolía insoportable y, algunas veces, una desmoralización extrema o una reacción violenta contra los demás o contra si mismo.

Esos conjuntos de ideas que llamamos ideologías pueden ser de izquierda o de derecha; en ambos extremos se ha tratado, con mucha buena fe, de simplificar la realidad para salvar a la humanidad. No es necesario detallar aquí como las ideas de revolución o el capitalismo salvaje y los fracasos de ambos influyen en la situación actual de violencia y corrupción, es más interesante señalar que los colombianos que dicen ser felices o que insisten en que ellos son buenos han logrado construir estrategias para escapar de los traumas ideológicos y de otros traumas, la existencia de estas estrategias permite construir el escenario optimista

Un país bello, bueno, feliz y ...pobre

Los millones de colombianos para quienes el desarrollo económico significó calzarse, tener comida diaria, conocer un médico, tener a sus hijos en la escuela, hoy oscilan no solo entre la libertad y el miedo, como lo escribiera Arciniegas, sino entre la desesperación y la resignación. En 1952 Germán Arciniegas describió la situación en America Latina en la época de los dictadores, hoy habría que enfocarse en los colombianos y tratar todas las clases de libertad y todos los miedos. La oscilación de hoy, entre la desesperación y la resignación la sienten algunos, tal vez la mayoría de los

padres que tuvieron el orgullo de haber logrado instalar a sus familias en las ciudades y hoy sufren el desempleo de los hijos que lograron el título profesional o sienten vergüenza del éxito de los nietos tramposos que se ganaron el ascenso social; se desesperan por no entender el fracaso de los que siguieron los consejos, se resignan a gozar ellos mismos del dinero mal habido. Padres, hijos y nietos se criaron en la cuasicompleta libertad colombiana pero hoy las tres generaciones sienten miedo ante el porvenir.

Libertad, miedo, desesperación, resignación tampoco son situaciones ajenas a las pocas familias colombianas que no tenían problemas económicos en 1952, cuando Arciniegas señaló que en Colombia se había tratado de construir una democracia. En estos sesenta años esos sectores privilegiados que habían desempeñado papeles importantes en ese intento y que consideraban a su país como ejemplo moral vieron desmoronarse la mayoría de sus logros. Hoy algunos todavía conservan parte de su poder económico y político, otros han preferido vivir en países menos “complicados”. Los que no hicieron trampas se desesperan al comparar su suerte con la de los que olvidaron las normas; otros se resignan o sienten terror en su propio país.

Sin embargo, como lo he mencionado antes, los extranjeros que visitan a Colombia insisten en la belleza de sus paisajes y en gentileza y bondad de sus gentes y los mismos colombianos siguen diciendo que son felices cuando los entrevistan los encuestadores, No parece entonces, descabellado, ser optimista y considerar la posibilidad de que Colombia sea bello y feliz, inclusive creo que hoy la mayoría de los colombianos son buenas gentes, lo que parece muy difícil, casi imposible, es cumplir la promesa política de que sea un país rico.

Es imposible revertir lo que ha sucedido durante los últimos sesenta y cinco años, tampoco todo lo transcurrido es negativo. Los viejos orgullos pueden haber desaparecido pero se han construido otros acordes a las nuevas culturas; el Salto de Tequendama ya no debe visitarse pero tenemos más de diez millones de hectáreas protegidas como Parques Nacionales; Bogotá es ahora más caótica que Atenas; la mayoría de los colombianos viven ahora en ciudades grandes y pequeñas relativamente bien dotadas de servicios públicos, el café es hoy orgánico y de sus cultivos viven todavía cientos de miles; ni Avianca, ni Bavaria, ni El Tiempo son ya de colombianos pero si lo son la mayoría de sus empleados, Garcia Marquez demostró que no éramos románticos como Isaacs y Silva sino realistas y mágicos al mismo tiempo; Shakira y Juanes marcan líneas más aceptables y brillantes a sus coterráneos.

En estos años terribles Colombia ha sobrevivido los más angustiosos procesos y parece haber alcanzado alguna estabilidad; precaria en lo económico, segregada en lo social y todavía diversa en lo cultural. Entre estos procesos deben nombrarse algunos entre los que deberían sostenerse: el principal el conjunto de actividades estatales, altruistas, productivas y comerciales que hasta ahora ha garantizado la alimentación y la ropa básica de los colombianos a unos costos relativamente bajos; el segundo la eficacia, no siempre la eficiencia con que se han ampliado las ciudades para recibir los millones de desplazados y de inmigrantes voluntarios provenientes del campo;

el tercero la persistencia de las formalidades estatales que ha permitido que algunas instituciones, como la justicia, la educación, las elecciones y la policía mantengan por lo menos unos niveles mínimos de aceptación; el cuarto el vigor de los sistemas masivos de comunicación, especialmente la radio, que en medio de la violencia, continua informando a los ciudadanos y la telefonía celular que modificó radicalmente las relaciones personales y comerciales .

Otros procesos importantes han beneficiado directamente solo a una minoría de los colombianos pero tienen impacto en muchos otros como la construcción de viviendas lujosas, la aparición de miles de restaurantes y rumbeaderos, el auge de los centros comerciales, la organización de conciertos para jóvenes etc

Que procesos de estos debemos y podemos sostener? Los economistas dicen que debemos seguir tratando de traer inversionistas extranjeros y equilibrando el presupuesto, las FARC dicen que debemos sostener la guerra y que después con el pueblo en el poder todo se solucionara. Ninguna de las dos propuestas lo soluciona todo si se analiza la experiencia de los países que las han seguido; ni siquiera en los Estados Unidos, con todo el capital disponible se ha logrado extirpar la pobreza, Stalin con todos los poderes no logró solucionar los problemas de la Union Sovietica. No es muy probable que ninguna de las dos recetas nos sirva, lo mas seguro es que después de aplicarlas quedemos peor de lo que estamos. Pero ¿Como convencer a los dogmáticos? En cada generación, de uno y otro lado, siempre hay jóvenes aparentemente inteligentes, de gran capacidad de expresión, de energías sin límite que adoptan como suyas alguna de las dos propuestas y se hacen matar para imponerlas. No es raro, son teorías tentadoras con atractivos enormes; convertirse en el cacao más rico, en el dueño de todo un país, en el liberador del pueblo, en el único que tuvo la razón. Lo mas trágico de estos 65 años ha sido la perdida de estos jóvenes colombianos brillantes, unos corrompidos, otros muertos, todos desilusionados.

Algo que podemos hacer es explicar y comprender las razones estructurales de parte de esas desilusiones. En mi libro Colombia de lo imaginario a lo complejo y en otros textos posteriores he lanzado algunas ideas en esas direcciones. Pienso, en síntesis, que el territorio de Colombia es uno de los más complejos del planeta y que la sociedad que hemos conformado es demasiado simple para manejarlo adecuadamente. Por simple quiero decir que es una sociedad dogmática, demasiado estratificada y dirigida por muy pocas personas. El conflicto fundamental entre un territorio extremadamente complejo, muchas variables, muchas interrelaciones y una sociedad simplificada, incapaz de adaptarse a esa complejidad explica algunas características de nuestra situación como las dificultades históricas para aplicar la autoridad del estado en todo el territorio, la perennidad de la miseria y la baja acumulación de capital público y privado.

Sin embargo esa complejidad física, química y biológica del territorio colombiano ofrece algunas ventajas, ya hablamos de la diversidad cultural que enfrentaron los europeos, más de 80 lenguas diferentes. En esos sesenta y cinco años de crecimiento de la población el territorio ha mostrado que sus

características pueden no favorecer ni la autoridad ni la capitalización pero si favorece la vida, que este conjunto de pliegues y repliegues montañosos, sabanas, altiplanicies, valles, selvas y paramos a pesar de sus volcanes, terremotos, aludes, inundaciones, y otras plagas si favorece, en muchas formas, los asentamientos humanos.

Estamos entonces enfrente a un problema común a otros países ubicados entre los trópicos; un territorio difícil de controlar autoritariamente, en donde no abundan ni son muy grandes las fortunas personales pero que favorece el crecimiento de la población. No son muchos los países tropicales que lo han solucionado, me viene a la memoria Costa Rica, pero ese país es mucho más simple por su tamaño. En realidad no todos los colombianos tienen conciencia de que estamos en un país tropical, a la mayoría de los bogotanos el paisaje de la sabana y el frío de la capital nos convencen que estamos en medio de colinas inglesas y actuamos en consecuencia. Esa simplificación-negación de la realidad nacional es uno de los problemas.

Si gracias a alguna operación educativa masiva lográramos todos tener conciencia de que somos un país diferente en donde por razones estructurales físicas no es fácil controlar autoritariamente a los demás y en donde son pocos los que logran enriquecerse, ¿Ese convencimiento público y total mejoraría la situación?

¿Podría ser la pobreza digna una meta adecuada para un país bello, bueno y feliz? ¿Podríamos dejar la desesperación atrás y resignarnos a que nunca seremos el Japón de America Latina? ¿Podemos aprovechar la libertad para lograr la paz y derrotar el miedo?